

Introducción a la semana

Sin detrimento alguno de la 'lectura continua' que nos ofrece la liturgia en esta semana, debo destacar los puntos de luz intensa que suponen la memoria celebrativa de estos días de agosto. El blanco resplandor de la Transfiguración abre la semana para decirnos que el Hijo del Hombre plenifica la Ley y los Profetas y es el único que merece ser escuchado, pues su Palabra es vida. En este mismo empuje luminoso la Orden de los Frailes Predicadores rinde pleitesía a quien, por figurarnos y transfigurarnos, fue el Predicador de la Gracia, quien a Dios hablaba de los hombres y a los hombres de Dios.

La cansina caminata del Éxodo provoca la protesta contra Moisés y Aarón en el desierto y el Señor, atento a la demanda, hizo llover pan del cielo. Así el domingo nos pone en suerte para el inicio del discurso del pan de la vida que tenemos en el evangelio, porque es mi Padre quien os da el verdadero pan del cielo. En medio Pablo nos evoca lo que fuimos antes y después del bautismo, y más sabiendo que por Cristo disfrutamos del precioso subsidio del Espíritu.

En la lectura continua, y hasta el jueves, nos acompaña Jeremías, al que ya escuchamos toda la semana pasada: nos hablará de la verdadera y falsa profecía, escucharemos fragmentos del Libro de la Consolación que, con ternura y delicadeza llegan al corazón de su pueblo: Yahvé salvará a sus hijos, porque ellos son su propiedad y conocen a su Dios. Nahum, el viernes habla del castigo y esperanza de Judá y el sábado Habacuc proclama: el justo vivirá por su fe. La línea evangélica de la semana la marca la primera multiplicación de los panes en Mateo, continúa con la escena en la que Jesús camina sobre las aguas de lago, la curación de la mujer cananea, la confesión de fe y el servicio de Pedro, el primer anuncio de su pasión y la escucha de Jesús ante el dolor de un padre que le pide cure a su hijo poseso o lunático. ¡Densa semana para que no nos falte la luz de la vida!

Lun
1
Ago
2016

Evangelio del día

Decimoctava semana del Tiempo Ordinario - Año Par

Hoy celebramos: San Alfonso M^a de Ligorio (1 de Agosto)

“Dios nos libre de los falsos profetas”

Primera lectura

Lectura del libro de Jeremías 28,1-17:

El mismo año, el año cuarto de Sedecías, rey de Judá, el quinto mes, Jananías, hijo de Azur, profeta de Gabaon, me dijo en el templo, en presencia de los sacerdotes y de todo el pueblo:

«Esto dice el Señor del universo, Dios de Israel: “He roto el yugo del rey de Babilonia. Antes de dos años devolveré a este lugar el ajuar del templo, que Nabucodonosor, rey de Babilonia, tomó de este lugar para llevárselo a Babilonia. A Jeconías, hijo de Joaquim, rey de Judá, y a todos los desterrados de Judá que marcharon a Babilonia, yo mismo los haré volver a este lugar —oráculo del Señor— cuando rompa el yugo del rey de Babilonia»».

El profeta Jeremías respondió al profeta Jananías delante de los sacerdotes y de toda la gente que estaba en el templo.

Le dijo así el profeta Jeremías:

«¡Así sea; así lo haga el Señor! Que el Señor confirme la palabra que has profetizado y devuelva de Babilonia a este lugar el ajuar del templo y a todos los que están allí desterrados. Pero escucha la palabra que voy a pronunciar en tu presencia y ante toda la gente aquí reunida: Los profetas que nos precedieron a ti y a mí, desde tiempos antiguos, profetizaron a países numerosos y a reyes poderosos guerras, calamidades y pestes. Si un profeta profetizaba prosperidad, solo era reconocido como profeta auténtico enviado por el Señor cuando se cumplía su palabra».

Entonces Jananías arrancó el yugo del cuello del profeta Jeremías y lo rompió.

Después dijo Jananías a todos los presentes:

«Esto dice el Señor: “De este modo romperé del cuello de todas las naciones el yugo de Nabucodonosor, rey de Babilonia, antes de dos años»».

El profeta Jeremías se marchó.

Vino la palabra del Señor a Jeremías después de que Jananías hubo roto el yugo del cuello del profeta Jeremías.

El Señor le dijo:

«Ve y dile a Jananías: “Esto dice el Señor: Tú has roto un yugo de madera, pero yo haré un yugo de hierro. Porque esto dice el Señor del universo, Dios de Israel: Pondré un yugo de hierro al cuello de todas estas naciones para que sirvan a Nabucodonosor, rey de Babilonia, y se le sometan. Le entregaré hasta los animales salvajes»».

El profeta Jeremías dijo al profeta Jananías:

«Escúchame, Jananías: El Señor no te ha enviado, y tú has inducido a este pueblo a una falsa confianza. Por tanto, esto dice el Señor: “Voy a hacerte desaparecer de la tierra; este año morirás porque has predicado rebelión contra el Señor»».

Y el profeta Jananías murió aquel mismo año, el séptimo mes.

Salmo de hoy

Sal 118,29.43.79.80.95.102 R/. Instrúyeme, Señor, en tus decretos.

Apártame del camino falso,
y dame la gracia de tu ley. R/.

No quites de mi boca las palabras sinceras,
porque yo espero en tus mandamientos. R/.

Vuelvan a mí los que te temen
y hacen caso de tus preceptos. R/.

Sea mi corazón perfecto en tus decretos,
así no quedaré avergonzado. R/.

Los malvados me esperaban para perderme,
pero yo meditaba tus preceptos. R/.

No me aparto de tus mandamientos,
porque tú me has instruido. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo (14,13-21)

En aquel tiempo, al enterarse Jesús de la muerte de Juan el Bautista, se marchó de allí en barca, a solas, a un lugar desierto. Cuando la gente lo supo, lo siguió por tierra desde los poblados.

Al desembarcar vio Jesús una multitud, se compadeció de ella y curó a los enfermos. Como se hizo tarde, se acercaron los discípulos a decirle: «Estamos en despoblado y es muy tarde, despide a la multitud para que vayan a las aldeas y se compren comida».

Jesús les replicó:

«No hace falta que vayan, dadles vosotros de comer».

Ellos le replicaron:

«Si aquí no tenemos más que cinco panes y dos peces».

Les dijo:

«Traédmelos».

Mandó a la gente que se recostara en la hierba y tomando los cinco panes y los dos peces, alzando la mirada al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los dio a los discípulos; los discípulos se los dieron a la gente. Comieron todos y se saciaron y recogieron doce cestos llenos de sobras. Comieron unos cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños.

Reflexión del Evangelio de hoy

«Dios nos libre de los falsos profetas»

A menudo es difícil interpretar la voluntad de Dios, sobre todo, cuando nos impone el yugo de lo que no resulta agradable o llevadero. Es el caso que nos cuenta el profeta Jeremías que tiene que enfrentarse a las falsas profecías de Ananías. El Pueblo de Judá está desterrado y desplazado en Babilonia y Ananías pregona el rescate del «yugo de Nabucodonosor y la vuelta de los hijos de Judá a la casa de Yahvé». Son palabras ilusionantes, pero no son palabras de Yahvé. Por eso Jeremías tiene que enfrentarse a la profecía de Ananías para reconvénirle la voluntad de Dios: «No te ha enviado a ti Yahvé, y tú estás dando a este pueblo falsas esperanzas». Y murió el profeta Ananías ese mismo año, como Dios lo había predestinado. Jeremías transmite la verdadera voluntad de Yahvé. El Pueblo tiene que convertirse, volver al camino de la fe y el cumplimiento de la Ley, y Dios los rescatará en su momento, cuando se cumplan sus designios salvíficos. Porque aún en los peores momentos, Yahvé no abandona a su pueblo. Este fragmento de Jeremías nos presenta una dura lección para el Pueblo que ilumina también nuestra vida cuando algunas veces debemos afrontar momentos de oscuridad y desaliento.

«Dadles vosotros de comer»

Si al pueblo de Judá de la primera lectura se le plantea una realidad difícil, la de vivir por más años sometidos, a los discípulos este mandato de Jesús les deja estupefactos. ¿Cómo vamos a dar de comer a este gentío con sólo cinco panes y dos peces? Y Jesús, toma esos alimentos, los bendice, los parte y sirven para saciar el hambre de todos los presentes... y hasta se recogieron los fragmentos sobrantes.

Esta lectura de Mateo, recogida también en el resto de evangelios, nos cuenta un hecho concreto que impactó a los apóstoles en su recorrido con Jesús, y llegó a las comunidades primitivas con gran trascendencia. Jesús se presenta como Mesías verdadero. Un enviado que cumple todas las expectativas del pueblo de Israel: traerá el bienestar, la prosperidad y la abundancia a su pueblo.

Jesús aquí es presentado como superior a Moisés, que les dio el maná en el desierto, y a los Profetas, porque es el verdadero enviado de Dios. Pero sobre todo, por encima del milagro y el asombro de los discípulos, trasciende el modelo de mesianismo que Jesús les presenta. Jesús se encuentra con una gran muchedumbre que ha venido a su encuentro, y se compadeció de ella. Primero cura a los enfermos que están entre ellos, y luego les da de comer. Es la prefiguración del banquete mesiánico de la fraternidad humana en el Reino de Dios en la consumación de los tiempos; y es un signo de la «comida espiritual» que Jesús nos deja con su Cuerpo y Sangre en la Eucaristía de la última Cena. Y esta prefiguración es profundamente humana. A Jesús le preocupa la salud y el «hambre» de los presentes. También le preocupan las necesidades de los hombres: «Danos el pan nuestro de cada día». Compadecerse por las necesidades materiales de nuestros hermanos es una urgencia que Jesús pretende que atendamos como fieles creyentes suyos. Los informes de la pobreza que Cáritas nos presenta no pueden dejarnos indiferentes, ni los problemas de los refugiados, ni la desigualdad del reparto de la riqueza, ni las carencias de nuestros indigentes.... El Reino de Dios se cumple intentando «darles vosotros de comer» porque la bendición de Jesús logrará hacer el milagro.

¿Es nuestra comunión eucarística una comunión en la fraternidad que nos implica con nuestros hermanos más allá de nosotros mismos?



D. Oscar Salazar, O.P.

Fraternidad de Laicos Dominicos de San Martín de Porres (Madrid)

San Alfonso M^a de Liguorio

San Alfonso nació en Marianella —población integrada hoy en el área metropolitana de Nápoles— el 27 de septiembre de 1696. Sus 91 años de entrega al seguimiento de Jesús, a las misiones populares, al servicio pastoral y a la formación del pueblo y clero —para quienes escribió 111 obras— dejaron profunda huella en la cultura y en la espiritualidad. Juan Pablo II lo presenta con estas palabras: «San Alfonso es una figura gigantesca no sólo en la historia de la Iglesia, sino de la misma humanidad».

Formación

Alfonso fue el primogénito de una familia numerosa. Sus padres, don José de Liguori y doña Ana Cavalieri, pertenecían a la nobleza y dieron a Alfonso una formación privilegiada en diferentes campos: lenguas, humanidades, música, pintura, esgrima... Lo mismo sucedió en el campo religioso. En éste se advierte la presencia cercana de la madre, educada en el espíritu franciscano. De ella aprendió, sobre todo, el gusto por la oración intensa y afectiva, de la que fue maestro —doctor de la oración— y uno de los grandes orantes de la espiritualidad moderna.

Profesionalmente, Alfonso eligió el derecho. A los 27 años intervino en el proceso más famoso de la época: defendió a los Orsini frente a los Médici por la herencia del feudo de Amatrice. Estaban en juego una inmensa fortuna y un título nobiliario. Alfonso perdió el primero y último proceso de su vida, porque la sentencia se había dado de antemano. Al escucharla, abandonó la audiencia y pronunció las históricas palabras: —Mundo, te he conocido. ¡Adiós, tribunales!

No fue despecho profesional, sino el desenlace de una crisis interior sobre la corrupción de la justicia. Lo confirman numerosos testimonios históricos y su código deontológico, considerado ideal del abogado católico: 1) Nunca aceptar causas injustas, son perniciosas para la conciencia y el decoro. 2) No debe defenderse una causa con medios ilícitos e injustos. 3) No causar al cliente costes innecesarios, en caso contrario el abogado está obligado a restituir. 4) Las causas de los clientes se deben tratar con el mismo esmero que las propias. 5) Es necesario el estudio de los procesos para encontrar los argumentos válidos para su defensa. 6) La dilación y negligencia de los abogados, con frecuencia perjudican a sus clientes y se deben reparar los daños, de lo contrario se falta contra la justicia. 7) El abogado ha de pedir a Dios ayuda en la defensa porque él es el primer defensor de la justicia. 8) No parece bien que un abogado acepte muchas causas superiores a su talento, sus fuerzas y tiempo, porque con frecuencia no podrá preparar su defensa. 9) La justicia y la honestidad no pueden separarse, en ningún caso, del abogado católico; más aún, debe cuidarlas como la niña de sus ojos. 10) El abogado que pierde una causa por su negligencia tiene obligación de satisfacer todos los daños a su cliente. 11) En la defensa de las causas es necesario ser veraz, sincero, respetuoso y razonable. 12) Finalmente, los requisitos de un abogado son: ciencia, diligencia, verdad, fidelidad y justicia.

La llamada desde el pobre

En el proceso de búsqueda y «conversión» sucedió otro acontecimiento decisivo. Alfonso pasaba largo tiempo en oración ante el Santísimo y en el Hospital de los Incurables, presentado así por un contemporáneo: «No es más que un lugar apestado, donde todos los males se acumulan y multiplican». Los Incurables recogían los enfermos terminales pobres y abandonados, asistidos por voluntarios de distintas cofradías...

El 29 de agosto de 1727, Alfonso se negó a acompañar a su padre a palacio para celebrar el cumpleaños de la emperatriz de Austria, a quien pertenecía, en ese momento, el Virreinato de Nápoles. Decidió irse al hospital. La opción era fuerte y significativa. Mientras atendía a los enfermos se vio en una luz envolvente, le pareció que el edificio crujía y en lo hondo de su corazón escuchó una llamada personal: «Alfonso, deja el mundo y entrégate a mí. Por un momento se sintió conmovido; pero su mente práctica lo consideró ilusión pasajera y continuó sus tareas de servicio a los enfermos. Al salir, en la escalera, se repitió la llamada nítida que llegaba desde los pobres. La acogió y se encaminó, gozoso, a la iglesia de la Merced. Ante María de Nazaret, dijo sí al seguimiento, dejó sobre el altar su espada de caballero e inició el camino de las bienaventuranzas... En el gesto, se despojó de la toga, las pelucas, los salones refinados y, poco después, de la primogenitura. La opción radical por el Evangelio era definitiva. A lo largo de su vida celebró el 29 de agosto como «el día de mi conversión».

A pesar de la oposición paterna, Alfonso ingresó en el seminario y comenzó los estudios teológicos. El 21 de diciembre de 1726, en la catedral de Nápoles, recibió la imposición de las manos del obispo y extendió las suyas, estremecidas, a la unción del Espíritu: era sacerdote. Tenía 30 años.

La Congregación Misionera del Santísimo Redentor

Alfonso fue un hombre para la misión. Las Capillas del atardecer, cargadas de profetismo, no llenaban su vocación misionera. Además, en la ciudad había miles de sacerdotes, Le dolía Nápoles a él, tan napolitano. Estamos en 1730. Alfonso dejó la casa paterna y pasó al colegio de los Chinos. Era más libre. En esa época sintió deseos de anunciar el Evangelio en China; pero su director lo disuadió. La segunda opción fue más comprometida, y acaso única en la historia: se obligó con voto a no perder un minuto de tiempo. El celo del Señor lo devoraba. Y se fue alejando de su ciudad para adentrarse en el mundo campesino y encontrarse con el pueblo pobre y abandonado de las tierras irredentas del Sur de Nápoles... Era obra de la gracia y respondió con tal generosidad que cayó enfermo y extenuado de anunciar el Evangelio.

Para reponer fuerzas le obligaron a retirarse a la sierra. Con un grupo de amigos se dirigió a Scala, en la costa de Amalfi, donde el mar juega con el sol a tejer claridades infinitas. El lugar es delicioso: aire limpio con olor a sal marina... Pero Alfonso no era hombre para el descanso. Siguió subiendo cuando se enteró que en lo alto de la montaña estaba la ermita de Santa María de los Montes, donde podían acomodarse y rezar al calor de María, la humilde servidora del Señor, tan querida de Alfonso...

Nunca imaginó que en aquellas soledades le esperaban el Señor y la Madre para descubrirle su vocación definitiva en la Iglesia. Apenas llegaron los misioneros, un grupo de pastores y cabreros se acercó al santuario para pedirles el pan de la palabra. Alfonso se lo repartió a manos llenas..., gozoso de que eran los más abandonados y, por consiguiente, los preferidos del nuevo reino. Se detuvo a escucharlos y, sorprendido, se sintió interpelado por ellos. Es el momento decisivo de su vida. Por vez primera comprendió que éste era su mundo. María Celeste, monja del monasterio contemplativo de Scala, que vivía intensamente la oración, le animó a fundar una congregación para anunciar el Evangelio a los más pobres... No era fácil, porque no se veía fundador y en Nápoles encontró mucha oposición. El director espiritual le ordenó rezar y esperar. Lo hizo; pero cada día estaba más

fascinado por el abandono de los pastores y cabreros de Scala... Finalmente, su director comprendió que la soñada congregación era obra de Dios. Alfonso asumió su misión en la Iglesia con temblor y valentía. A. Tannoia escribe con mano maestra: «Seguro de la voluntad de Dios, se animó y tomó valor. Haciendo a Jesucristo un sacrificio total de la ciudad de Nápoles, se ofreció a pasar sus días entre los rediles y las chozas y a morir allí rodeado de campesinos y pastores (...). Alfonso, con la bendición de su director, monta en la cabalgadura de los indigentes y, sin hacerlo saber a sus parientes y amigos más queridos, deja Nápoles y, a lomo de burro, se va a la ciudad de Scala».

Un carisma para la misión a los más pobres

A primeros de noviembre de 1732, Alfonso se reunió con sus primeros compañeros en Scala. Rezaron intensamente, bajo la dirección de monseñor Falcoia, obispo de Castellamare. El 9 de noviembre nacía para la Iglesia, sencilla y pobre, la Congregación del Santísimo Redentor. Alfonso tenía 36 años. Desde el principio, formuló con claridad meridiana el carisma: «Su único compromiso será seguir el ejemplo de nuestro salvador Jesucristo anunciando a los pobres la divina palabra, como él dice de sí mismo: Me ha enviado a anunciar la Buena Nueva a los pobres..., y a esto se entregarán totalmente para ir en ayuda de la gente esparcida por los campos y lugares rurales, especialmente de aquellos que están más abandonados, con misiones»...

Así describe un contemporáneo la situación del campesino en el Sur napolitano: «No se le considera un hombre como a los demás, sino el verdadero borracho de la especie humana; más aún el desecho y oprobio de la Naturaleza». Sólo desde esta dura realidad histórica de abandono y desprecio se comprende la opción profética de Alfonso: una opción de Iglesia de frontera y de jugárselo todo por la grandeza de la persona totalmente negada. Como escriben los obispos de la Campania —las mismas tierras evangelizadas por Alfonso— «en esta opción radica su actualidad» en el hoy de la Iglesia.

Las comunidades misioneras redentoristas, continuadoras de Alfonso, viven y actualizan su carisma —en unión de los seculares— poniendo en el centro de sus vidas a Cristo, ofrecido al Padre como Amor Redentor, haciéndose servicio evangélico a los más pobres y dejándose evangelizar por ellos. En esta línea, aceptamos con gozo las palabras de aliento y compromiso que Juan Pablo II nos dirigió en el III centenario del nacimiento de Alfonso: «Es necesario acentuar, con San Alfonso, la centralidad de Cristo como misericordia del Padre en toda la pastoral. Los redentoristas no deben cansarse nunca de anunciar la redención abundante; es decir, el amor infinito con el que Dios se vuelve hacia la humanidad en Cristo, comenzando siempre por quienes tienen mayor necesidad de ser curados y liberados porque sienten más vivamente las consecuencias del pecado... Sobre todo, es necesario permanecer fieles a las opciones del fundador por los abandonados... El mundo de los abandonados se hacía mundo de Alfonso. Ese mundo debe seguir siendo el de todo redentorista, como fruto de un continuo discernimiento en la viveza de las diferentes situaciones eclesiales para poder responder con agilidad a las urgencias que se van marcando» (L'Osservatore Romano, 27 de agosto de 1996).

La misión popular alfonsiana asumió tres características: 1) anuncio explícito y sencillo de la palabra de Dios en todas las poblaciones —por pequeñas que sean—, para acercarla a los más humildes y abandonados (se opuso a la misión central porque impedía dedicar a los campesinos atención personalizada, elemento clave en la pastoral de Alfonso); 2) implantación de la Vida Devota en cada lugar para que sacerdotes y fieles formasen comunidades de fe y oración; 3) renovación de la misión: para Alfonso, la gracia principal no eran las conversiones emocionales, sino la perseverancia, la vida de gracia y el seguimiento de Jesús.

Juan Pablo II pide a los redentoristas renovar la misión popular y encarnar en el hoy de la historia —abierta a todos los medios de comunicación social— el espíritu misionero de Alfonso para construir la civilización del amor: «Es una predicación que necesita encarnarse en los desafíos concretos que la humanidad tiene que afrontar hoy y de los que depende su futuro. Sólo así podrá hacerse realidad la civilización del amor por todos deseada» (Ibid.).

Obispo (1762-1775)

Alfonso llevaba treinta años misionando con sus redentoristas, dirigiendo la incipiente congregación y escribiendo sus grandes obras, cuando fue nombrado obispo de Santa Águeda de los Godos. Tenía 66 años y se encontraba enfermo. Ya había rechazado la propuesta regia para arzobispo de Palermo; ahora aceptó por decisión de Clemente XIII.

Alfonso tenía una visión «negativa» del episcopado de su época, de ahí el rechazo. Lo concebía como servicio evangélico a los diocesanos, no como dignidad y elemento de poder, que se traducía en ausencia de la diócesis, vida cortesana y talante más señorial que apostólico. Había escrito dos obras de denuncia donde presentaba, con claridad, las obligaciones del pastor con el pueblo creyente: Reflexiones útiles a los obispos y Carta a un obispo recién nombrado.

Fue consagrado en Roma el 14 de junio de 1762. Se preparó con la oración, la penitencia y la peregrinación a Ntra. Sra. de Loreto. En «casa» de María meditó sobre el sí de la humilde sierva del Señor y sobre el abajamiento y ternura de Dios hecho hombre para hacerse cercano y compartir la experiencia de familia. Desde el primer momento tuvo claras las dos dimensiones de su episcopado: anuncio de la Buena Nueva —misión continua— y pobreza. Así podía liberarse del malsano «curialismo», vivir cercano a sus gentes y compartirlo todo con el pueblo pobre. Escribió en una de las obras mencionadas: «Entiéndalo bien el obispo: la Iglesia no lo provee de rentas para que disfrute de ellas a su capricho, sino para socorrer a los pobres». Rechazó la carroza y visitó la diócesis, dos veces, a lomos de un borracho, el animal de los pobres. No pudo hacerlo más, porque estuvo enfermo nueve años. Pío VI no aceptó la reiterada renuncia porque pensaba: ¿Me basta su sombra para evangelizar toda la diócesis. Durante la enfermedad no se rindió el viejo apóstol: continuó rezando, recibiendo a sus diocesanos e impartiendo su magisterio con la publicación de nuevas obras. Después, se retiró a Pagani con sus hijos donde falleció el 1 de agosto de 1787, a la hora del Ángelus. Reposa en la basílica que lleva su nombre.

Gigantesca creación Teológico-Moral

Alfonso es el único santo del que conservamos poemas, pinturas y música que se ha interpretado ininterrumpidamente. Pero lo verdaderamente importante fue su producción teológica de contenido espiritual, pastoral y moral. Su importancia se mide por dos coordenadas: la aceptación del pueblo creyente y la valoración de los teólogos y del magisterio. Unos y otros le otorgaron el título de doctor de la Iglesia, concedido a un número muy limitado de santos y santas. La aceptación popular la confirma el hecho de ser uno de los autores más leídos y editados en la cultura universal. Basten estos datos: sus 111 títulos «oficiales» tienen más de 21.000 ediciones, algunos traducidos a 72 idiomas. Entre los más populares, mencionamos: Máximas eternas; Visitas al Santísimo Sacramento; Las glorias de María; El gran medio de la oración; El trato familiar con Dios; La monja santa; Camino de salvación; Meditaciones de Adviento y Navidad; Meditaciones sobre la pasión; Vía crucis; La vocación religiosa; Preparación

para la muerte; Práctica del amor a Jesucristo.

Los últimos papas han hablado muy positivamente de la vida y obra de Alfonso. La carta apostólica de Juan Pablo II, *Spiritus Domini*, destaca su importancia en el ayer y hoy de la historia, Tras afirmar que el «sensus Ecclesiae» acompañó a Alfonso en la búsqueda teológica y pastoral »hasta llegar a ser él mismo, en cierto sentido, la voz de la Iglesia, añade: «Fue maestro de sabiduría de su tiempo y continúa con el ejemplo de su vida y con sus enseñanzas iluminando, con la luz reflejada de Cristo, Luz de las gentes, el camino del pueblo de Dios». Para comprender a este «maestro de sabiduría» es necesario, afirma Juan Pablo II, descubrir y mantener la unión «inseparable de su vida y de su actividad que se complementan mutuamente, imprimiendo a la producción literaria del santo el carácter pastoral inconfundible».

Alfonso destaca, especialmente, por su obra teológico-moral nacida del encuentro con el pueblo pobre; en una época de rigorismo institucionalizado, supo infundirle un personalísimo espíritu de misericordia y benignidad pastoral que se traduce —como afirma Juan Pablo II— en «caridad y dulzura» con los pecadores, según el estilo y carácter de Jesucristo.... Alfonso fue el renovador de la moral. La Práctica del confesor; el *Homo Apostolicus* y la *Theologia Moralis*, han hecho de él el maestro de la moral católica.

No seríamos justos con Alfonso si dejásemos de mencionar la importancia que dio a la oración en el camino de la santidad y de la relación filial con el Padre; asimismo, el significado de María, la Madre amantísima, siempre presente en su vida, apostolado y espiritualidad que transmitió a sus hijos. La impronta mariana evidencia que la vida cristiana es un misterio «del amor misericordioso y salvífico de Dios».

Se incoó el proceso ordinario de canonización el 5 de abril de 1788 en Nocera dei Pagani, Alfonso fue beatificado el 15 de septiembre de 1816 por Pío VII, canonizado el 26 de mayo de 1839 por Gregorio XVI, declarado doctor de la Iglesia en 1871 por el beato Pío IX, y proclamado patrono de los confesores y moralistas por Pío XII el año 1950. Con los santos Jenaro y Tomás de Aquino comparte el patronazgo de la ciudad de Nápoles.

La Congregación del Santísimo Redentor tiene, el año 2000, 5.581 miembros, que trabajan en misiones, ejercicios, pastoral parroquial y de santuarios, enseñanza académica de la teología moral y apostolado de la pluma en 900 comunidades de los cinco continentes. Merecen mención especial quienes han mantenido el carisma alfonsiano en el área de influencia de la antigua URSS.

Manuel Gómez Ríos, C.S.S.R. y José Tobín, superior general de los redentoristas

Mar
2
Ago
2016

Evangelio del día

Decimoctava semana del Tiempo Ordinario - Año Par

Hoy celebramos: Beata Juana de Aza (2 de Agosto)

“¡Señor , sálvame!”

Primera lectura

Lectura del libro de Jeremías 30,1-2.12-15.18-22:

Palabras que recibió Jeremías de parte del Señor:

«Esto dice el Señor, Dios de Israel:

“Escribe en un libro todas las palabras que he dicho:

Tu fractura es incurable,

tu herida está infectada;

tu llaga no tiene remedio,

no hay medicina que la cierre.

Tus amantes te han olvidado,

ya no preguntan por ti,

pues te herí como un enemigo,

te di un escarmiento cruel.

Y todo por tus muchos crímenes,

por la gran cantidad de tus pecados.

¿Por qué gritas por tu herida?

Tu llaga es incurable.

Por tantos y tantos crímenes,

por todos tus numerosos pecados

te he tratado de ese modo”.

Pero esto dice el Señor:

“Cambiaré la suerte de las tiendas de Jacob,

voy a compadecerme de sus moradas;

reconstruirán la ciudad sobre sus ruinas,

su palacio se asentará en su puesto.

De allí saldrán alabanzas,

voces con aire de fiesta.

Haré que crezcan y no mengüen,

que sea reconocida su importancia,
que no sean despreciados.
Serán sus hijos como antaño,
su asamblea, estable en mi presencia;
yo castigaré a sus opresores.
De entre ellos surgirá un príncipe,
su gobernante saldrá de entre ellos;
lo acercaré y estará junto a mí,
pues ¿quién arriesgaría su vida
por ponerse cerca de mí?
—oráculo del Señor—.
Y vosotros seréis mi pueblo
y yo seré vuestro Dios”».

Salmo de hoy

Sal 101,16-18.19-21.29 y 22-23 R/. El Señor reconstruyó Sión, y apareció en su gloria

Los gentiles temerán tu nombre,
los reyes del mundo, tu gloria.
Cuando el Señor reconstruya Sion,
y aparezca en su gloria,
y se vuelva a las súplicas de los indefensos,
y no desprecie sus peticiones. R/.

Quede esto escrito para la generación futura,
y el pueblo que será creado alabaré al Señor.
Que el Señor ha mirado desde su excelso santuario,
desde el cielo se ha fijado en la tierra,
para escuchar los gemidos de los cautivos
y librar a los condenados a muerte. R/.

Los hijos de tus siervos vivirán seguros,
su linaje durará en tu presencia.
Para anunciar en Sión el nombre del Señor,
y su alabanza en Jerusalén,
cuando se reúnan unánimes los pueblos
y los reyes para dar culto al Señor. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 14,22-36

Después que la gente se hubo saciado, enseguida Jesús apremió a sus discípulos a que subieran a la barca y se le adelantaran a la otra orilla, mientras él despedía a la gente.
Y después de despedir a la gente subió al monte a solas para orar. Llegada la noche estaba allí solo.
Mientras tanto la barca iba ya muy lejos de tierra, sacudida por las olas, porque el viento era contrario. A la cuarta vela de la noche se les acercó Jesús andando sobre el mar. Los discípulos, viéndole andar sobre el agua, se asustaron y gritaron de miedo, diciendo que era un fantasma.
Jesús les dijo enseguida:
«¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!».
Pedro le contestó:
«Señor, si eres tú, mándame ir a ti sobre el agua».
Él le dijo:
«Ven».
Pedro bajó de la barca y echó a andar sobre el agua acercándose a Jesús; pero, al sentir la fuerza del viento, le entró miedo, empezó a hundirse y gritó:
«Señor, sálvame».
Enseguida Jesús extendió la mano, lo agarró y le dijo:
«¡Hombre de poca fe! ¿Por qué has dudado?».
En cuanto subieron a la barca amainó el viento.
Los de la barca se postraron ante él diciendo:
«Realmente eres Hijo de Dios».
Terminada la travesía, llegaron a tierra en Genesaret. Y lo hombres de aquel lugar apenas lo reconocieron, pregonaron la noticia por toda aquella comarca y le trajeron a todos los enfermos.
Le pedían tocar siquiera la orla de su manto. Y cuantos la tocaban quedaban curados.

Reflexión del Evangelio de hoy

“Cambiaré la suerte de las tiendas de Jacob”

Jeremías desarrolla su actividad profética en los siglos VII y VI a C. Israel ya ha visto su caída a manos del imperio asirio, con la consiguiente deportación de gran parte de su población (Cf. 2Re 171-41). El pueblo percibe que esta realidad no se ha producido únicamente a causa del poder del imperio, sino que constituye un castigo de Dios por su idolatría, cayendo en un profundo desánimo al que se añade una precaria situación económica.

El texto de la primera lectura comienza haciendo alusión a la misión del profeta (1,9). Él recibe la palabra de Dios. El profeta es un hombre inspirado por Dios. Lo que dice no es resultado de su reflexión o investigación, sino que viene directamente de Dios. El no habla por cuenta propia. Es enviado a proclamar una Palabra que no es suya sino de aquel que lo envía.

El profeta, que ha sido llamado a "arrancar y arrasar", pero también a "reedificar y plantar" (1,10), anuncia ahora un mensaje de esperanza al pueblo: "habrá un cambio de suerte" se reconstruirá la ciudad y retornarán los desterrados. La vida que hasta ahora ha sido triste y pesada se convertirá en fiesta, en cantos de alabanza. Los hijos de Israel, abandonaron a sus ídolos y se volverán al Señor; se constituirán de nuevo en una comunidad reunida en la presencia del Señor. Y el Señor renovará su alianza: "Y vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios".

El texto del profeta Jeremías nos habla de puertas abiertas, de horizontes de futuro. El Señor nunca nos cierra las puertas de la vida, por mucho que hayamos abandonado sus caminos. Él renueva con nosotros, una y otra vez, su alianza. Una alianza que nos habla de una identidad y una pertenencia nueva. Su misericordia siempre nos pone un futuro por delante restaurándonos desde dentro: Esta experiencia de la historia de Israel, puede ser una experiencia nuestra. Podemos hacerla oración con el Salmo: "Oh Dios, restáuranos que brille tu rostro y nos salve" (Sal 79).

"Señor, si eres tú, mándame ir a ti sobre el agua"

Jesús invita a sus discípulos a pasar a la otra orilla, mientras se despide a la gente. A continuación busca el silencio y se retira al monte a orar. Durante ese tiempo, se ha hecho de noche y la barca se ha alejado de la orilla, siendo zarandeada por las olas a causa del viento. Jesús va a su encuentro caminando sobre las aguas, manifestando así su poder divino sobre las fuerzas del mal que simbolizan las aguas.

En la titubeante barca, el miedo que experimentan los discípulos, les confunde, y hace que no reconozcan a Jesús. El Maestro les responde revelándose a ellos con el nombre con que Dios se revela en el AT: "Yo soy" (Ex 3,14), a la vez que les invita a no temer (Ex 3,6; Jc 6,22-23). Ellos no lo conocen y Él, no sólo se da a conocer, sino que les revela algo nuevo de su identidad.

Pedro, como prototipo del discípulo, pide a Jesús caminar hacia él sobre las aguas. Él también quiere dominar el poder del mal. El Señor lo anima a ello: ¡ven! Pero su miedo es más fuerte y comienza a hundirse. Sabiendo que Jesús es el único que puede salvarlo le grita: "Señor, sálvame". El Maestro no lo abandona a su suerte, le tiende su mano, pero a la vez le reprocha su falta de fe y le interroga su duda. Suben a la barca y amaina el temporal. Con Jesús en medio de ellos, la barca ya se siente segura. Los otros discípulos realizan un gesto que sólo se hace ante el mismo Dios (cf. Mt 28,17): se postran. Los discípulos reconocen en Jesús al Hijo de Dios.

También, nosotros, discípulos del siglo XXI, en muchas ocasiones, sentimos la barca de nuestra existencia abandonada a las circunstancias, a las hostilidades, a las intemperies de la vida. La falta de fe aparece, y en lugar de descubrir la presencia de Jesús en medio de nuestras tormentas, podemos ver fantasmas. Él siempre nos saca de nuestros hundimientos sanos y salvos, a la vez que nos repite: "Animo, soy yo". Él quiere que tengamos vida. Pero también quiere que aprendamos, por eso interroga nuestra actitud: ¿Por qué dudas, hombre/mujer de poca fe?

La Beata Juana de Aza, que hoy celebramos, fue una mujer que en todo momento supo fiarse de la providencia divina. A ella Jesús, en vez de recriminarle como a Pedro: "Hombre de poca fe" le diría como a aquella mujer siro-fenicia "Mujer, grande es tu fe" (Mt 15,28). ¿Qué me dice hoy a mí el Señor?



Hna. Mariela Martínez Higuera O.P.
Congregación de Santo Domingo

Beata Juana de Aza

Nace en el castillo de Aza hacia la mitad del siglo XII.

Hija de Don García Garcés, Rico-Home, Alférez Mayor de Castilla Mayordomo Mayor, Ayo v Bta. Juana con sus tres hijos (Vidriera - Caleruega) Protector, Tutor y Cuidador del rey de Castilla, y de Doña Sánchez Pérez. Contrae matrimonio con Félix Núñez de Guzmán, de la Casa de Lara hacia 1.160, del que nacen tres hijos: Antonio, Manés o Mamerto y Domingo.

Vive esta gran dama de forma sencilla y virtuosa en su Villa de Caleruega. Solicita para el bien a los demás, se entrega al cuidado de su casa, familia y vasallos, llenando a todos de paz y de alegría. Educada en la fe cristiana va sembrando en el corazón de sus hijos principios profundos de Fe y de Vida cristiana, que hace lleguen los tres al Sacerdocio y alcancen la santidad. Es generosa con sus vasallos, que más bien dijérase que eran hijos por tantos y tan reiterados detalles de maternal solicitud. Prueba de ello, es el milagro realizado en sus bodegas al faltar el vino para obsequiar al marido y a sus invitados, movida por su caridad a acudir a esta necesidad.

Su muerte acaeció hacia el año 1.202 y fue enterrada en la Parroquia de San Sebastián de Caleruega. El Papa León XII la declaró Beata el día 1 de octubre de 1.821 y aprueba su culto para toda la Iglesia. Sus restos están hoy depositados en la Iglesia de Peñafiel.

Miércoles Evangelio del día

3

Ago

2016

Decimoctava semana del Tiempo Ordinario - Año Par

Hoy celebramos: Beato Agustín Kazotic (3 de Agosto)

“Mujer, ¡qué grande es tu fe!”

Primera lectura

Lectura del libro del profeta Jeremías 31, 1-7

En aquel tiempo —oráculo del Señor—,
seré el Dios de todas las tribus de Israel,
y ellas serán mi pueblo.
Esto dice el Señor:
«Encontré mi favor en el desierto
el pueblo que escapó de la espada;
Israel camina a su descanso.
El Señor se le apareció de lejos:
Con amor eterno te amé,
por eso prolongué mi misericordia para contigo.
Te construiré, serás reconstruida,
doncella capital de Israel;
volverás a llevar tus adornos,
bailarás entre corros de fiesta.
Volverás a plantar viñas
allá por los montes de Samaría;
las plantarán y vendimiarán.
“Es de día” gritarán los centinelas
arriba, en la montaña de Efraín:
“En marcha, vayamos a Sion,
donde está el Señor nuestro Dios”».
Porque esto dice el Señor:
«Gritad de alegría por Jacob,
regocijaos por la flor de los pueblos;
proclamad, alabad y decid:
¡El Señor ha salvado a su pueblo,
ha salvado al resto de Israel!».

Salmo de hoy

Salmo Jer 31, 10-13 R/. El Señor nos guardará como un pastor a su rebaño

Escuchad, pueblos, la palabra del Señor,
anunciada en las islas remotas:
«El que dispersó a Israel lo reunirá,
lo guardará como un pastor a su rebaño». R/.

«Porque el Señor redimió a Jacob,
lo rescató de una mano más fuerte».
Vendrán con aclamaciones a la altura de Sion,
afluirán hacia los bienes del Señor. R/.

Entonces se alegrará la doncella en la danza,
gozarán los jóvenes y los viejos;
convertiré su tristeza en gozo,
los alegraré y aliviaré sus penas. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 15, 21-28

En aquel tiempo, Jesús se retiró a la región de Tiro y Sidón.
Entonces una mujer cananea, saliendo de uno de aquellos lugares, se puso a gritarle:
«Ten compasión de mí, Señor Hijo de David. Mi hija tiene un demonio muy malo».
Él no le respondió nada. Entonces los discípulos se le acercaron a decirle:
«Atiéndela, que viene detrás gritando».
Él les contestó:
«Solo he sido enviado a las ovejas descarriadas de Israel».
Ella se acercó y se postró ante él diciendo:
«Señor, ayúdame».
Él le contestó:
«No está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perritos».
Pero ella repuso:
«Tienes razón, Señor; pero también los perritos se comen las migajas que caen de la mesa de los amos».
Jesús le respondió:
«Mujer, qué grande es tu fe: que se cumpla lo que deseas».
En aquel momento quedó curada su hija.

Reflexión del Evangelio de hoy

Sorpresa. Escándalo

Mi primer impulso, después de releer el párrafo evangélico de hoy, es intentar olvidarme de que ya me lo sé, y dejarme impregnar de la sorpresa, porque todo me parece sorprendente. Una mujer, cananea, pagana, “saliendo de aquellos lugares”... ¿De dónde saldría esta bendita mujer? “Se puso a gritarle”, porque, ignora hasta dónde, pero le conocía; de otra forma no tiene explicación. ¡Ya me gustaría saber cómo le conoció! Porque ese grande o imperfecto conocimiento, junto con el inequívoco deseo y decisión de Jesús de hacerse el encontradizo con todos –mal que les pesara a los judíos-, logró la salvación de esta mujer, de su hija, y quién sabe de cuántos más. Es cierto que todo comenzó con la “enfermedad” de su hija, pero de tal forma se siente ella necesitada que su primera oración no es por la hija: “Ten compasión de mí, Señor”, más que contagiada del dolor y sufrimiento de su hija.

Y el siempre bueno y cercano Jesús, como si no oyera, o, al menos, como si no sólo no se conmoviera ante el dolor de aquella mujer y el de su hija, sino que lo intentara justificar. Comprendemos la actitud de los discípulos, deseosos de desembarazarse de aquella mujer como fuera, pero, de entrada nos cuesta comprender la de Jesús.

Fe a toda prueba. Compasión.

La única persona que parece entenderlo es precisamente la mujer cananea. Acepta –o simula aceptar- las palabras y razones de Jesús, pero, como buena mujer, no se rinde e insiste. “Se postró y de rodillas le pidió: ‘Señor, socórreme’. Y no sólo no se desanima, sino, ante la nueva negativa de Jesús, ella tuvo el gesto y las palabras que cautivaron a Jesús, que acabó diciendo: “Mujer, ¡qué grande es tu fe! Que se cumpla lo que deseas”.

¿Os acordáis de las palabras de Jesús ante las de otro pagano, el Centurión? “¡No he encontrado en todo Israel tanta fe!” (Lc 7,9). En ambas ocasiones, Jesús quiso darnos una lección de fe. De fe desnuda, de la que nace en el hombre especialmente en circunstancias adversas y difíciles. En el fondo, es el Espíritu Santo quien les movió y nos mueve a acudir al Padre Dios incluso cuando parece que no escucha para nada nuestras oraciones.

Aunque lo sabemos, perdonad que sea reiterativo afirmando que las “Cananeas” y sus hijas siguen existiendo y, a veces, sufriendo en situaciones límite. Las podemos apodar “refugiados”, “inmigrantes”, el nombre es lo de menos. El Santo Padre escuchó su grito desde el Vaticano, y, desoyendo, a discípulos de turno, acudió a Lesbos. ¿Que no se llevó de vuelta más que a doce refugiados? Tampoco Jesús curó a todas las “endemoniadas” que había en su tiempo. El gesto de Jesús tuvo y tiene su valor; el de Francisco también.

Ante el ejemplo de Jesús yendo al país de Tiro y Sidón, ¿cómo anda el posible racismo ante las fronteras de los nuevos “paganos”?

¿Te sorprende, o sólo es algo que recuerdas, la confiada fe de esta mujer; su “tozuda” e inocente confianza en Jesús?



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Beato Agustín Kazotic

Agustín nació de familia patricia en Trogir (Croacia) hacia 1260. Entró aún adolescente en la Orden estudiando en Spalato y en 1286 en París. Fue nombrado por el papa dominico beato Benedicto XI obispo de Zagreb. Celebró allí tres sínodos; participó en el concilio de Viena y fue legado en Aviñón de la Iglesia de Croacia. En 1322 el papa Juan XXII lo trasladó a la diócesis de Lucera (Puglia, Italia). Todo en él estuvo dirigido a fomentar la virtud y a conseguir la salvación, llevando por todas partes la paz. Murió en Lucera el 3 de agosto de 1323 y su cuerpo se venera desde 1812 en la catedral. Su culto fue confirmado en 1700.

De común de pastores: para un obispo.

Oración colecta

Te pedimos, Padre de bondad,
nos concedas seguir los ejemplos
y consignas del obispo beato Agustín,
para que, meditando asiduamente
los misterios de la salvación,
y entregados constantemente
al servicio de la Iglesia,
lleguemos a los gozos de la vida eterna.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos.

Jue Evangelio del día
4
Ago Decimoctava semana del Tiempo Ordinario - Año Par
2016 Hoy celebramos: San Juan María Vianney (4 de Agosto)

“Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”

Primera lectura

Lectura del profeta Jeremías 31,31-34:

Llegan días —oráculo del Señor— en que haré con la casa de Israel y la casa de Juda una alianza nueva. No sera una alianza como la que hice con sus padres, cuando los tomé de la mano para sacarlos de Egipto, pues quebrantaron mi alianza, aunque yo era su Señor —oráculo del Señor—. Esta será la alianza que haré con ellos después de aquellos días —oráculo del Señor—: Pondré mi ley en su interior y la escribiré en sus corazones; yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Ya no tendrán que enseñarse unos a otros diciendo: «Conoced al Señor», pues todos me conocerán, desde el más pequeño al mayor —oráculo del Señor—, cuando perdone su culpa y no recuerde ya sus pecados.

Salmo de hoy

Sal 50 R/. Oh Dios, crea en mí un corazón puro

Oh, Dios, crea en mí un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme.
No me arrojes lejos de tu rostro,
no me quites tu santo espíritu. R/.

Devuélveme la alegría de tu salvación,
afiánzame con espíritu generoso.
Enseñaré a los malvados tus caminos,
los pecadores volverán a ti. R/.

Los sacrificios no te satisfacen:
si te ofreciera un holocausto, no lo querrías.
El sacrificio agradable a Dios

es un espíritu quebrantado;
un corazón quebrantado y humillado,
tú, oh, Dios, tú no lo desprecias. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 16,13-23

En aquel tiempo, aquel tiempo, al llegar a la región de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos:

«¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?».

Ellos contestaron:

«Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas».

Él les preguntó:

«Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?».

Simón Pedro tomó la palabra y dijo:

«Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo».

Jesús le respondió:

«¡Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos.

Ahora yo te digo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del reino de los cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos».

Y les mandó a los discípulos que no dijese a nadie que él era el Mesías.

Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y padecer allí mucho por parte de los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, y que tenía que ser ejecutado y resucitar al tercer día.

Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo:

«¡Lejos de ti tal cosa, Señor! Eso no puede pasarte».

Jesús se volvió y dijo a Pedro:

«¡Ponte detrás de mí, Satanás! Eres para mí piedra de tropiezo, porque tú piensas como los hombres, no como Dios».

Reflexión del Evangelio de hoy

Dime con quién te alías y te diré quién eres

Aliarse con alguien supone un compromiso entre los aliados respecto a los puntos acordados en la alianza, es decir guardar fidelidad a lo pactado. Tenemos un Dios paciente y misericordioso que como modeló nuestro corazón y sabe de qué está hecho, comprende y perdona las infidelidades de su pueblo y las nuestras, ¡mis infidelidades a la alianza!

Él es fiel siempre; nosotros, o al menos la mayoría de los cristianos, no. Experimentamos las caídas en lo que al Señor no le agrada. Y Él, que puede sacar bien de nuestro mal, sigue dándonos nuevas oportunidades. Él sabe que en nuestro interior llevamos grabada su imagen y semejanza, que tenemos grandes deseos, que le amamos y queremos seguirle y sabe también la fragilidad de nuestra vasija de barro; por eso y para poder plenificarnos no se conforma con atraernos, con tomarnos de la mano (tal vez porque cuando nos suelta, corremos en otra dirección...) sino que desde dentro: "meteré mi ley en su corazón", nos va haciendo buenos, va edificando nuestra fidelidad.

La conciencia es su ley metida en el corazón de cada hombre para guardarlo del mal e incitarlo al bien; con Jesús hemos recibido un regalo mayor: ¡el Espíritu Santo! Él es el Maestro interior de la ley de la gracia que a la vez que nos lo enseña todo, recordándonos lo que Jesús quiere, aboga por nosotros y nos defiende del maligno.

Hoy es un buen día para evaluar las "alianzas" que hemos hecho, para preguntarnos si tenemos por aliados a nuestra conciencia y al Espíritu Santo...

¿Quién es Jesucristo para nosotros? ¿Quién es Jesucristo para mí?

¡Hasta da cierto temor el responder! Según sea nuestra respuesta ha de ser nuestra vida. San Pablo tenía experiencia de haber sido alcanzado por Cristo, por eso podía decir: "yo estimo como pérdida todas las cosas en vista del incomparable valor de conocer a Cristo Jesús, mi Señor, por quien lo he perdido todo, y lo considero como basura a fin de ganar a Cristo, y ser hallado en Él" Filp. 3,8-9a

Poder explicar correctamente la unión hipostática es una maravilla, crearla sobrepasa la maravilla anterior; pero vivirla, es decir, saberme "alcanzado" por Jesús, injertado a Él y ordenar todo en la vida para llegar a la meta que es la unión sponsal: ¡Yo en Él y Él en mí!, esto es haber encontrado la perla preciosa por la cual vale la pena venderlo todo para comprarla. Curiosamente en este gran negocio nuestro mejor aliado es Jesucristo con su Espíritu Santo.

Él es...

el amigo que nunca falla y que siempre está a nuestro lado,

la luz que ilumina el camino,

el agua viva que calma la sed de amor, de comprensión,

la puerta por donde puedo vislumbrar la Trinidad y lo hermosa que puede llegar a ser la comunión con los que vivimos,

la roca firme en la que me refugio y sostengo en los momentos difíciles,

el buen samaritano que venda mis heridas,

el médico que cura mis males,

el pastor que me llama por mi nombre y me guía hacia un destino glorioso,

el que está a la puerta y llama, cuando me alejo de él,

el que me ama tanto que fue capaz de dar su vida por mí,

el que vive para interceder por mí ante el Padre...

Él es el que siempre está a nuestro lado, el que al aceptar la dinámica de la encarnación aceptó unirse, “aliarse” con cada uno de los que creó para ser camino y compañero de camino en el viaje de la vida. ¡Optar por la perla preciosa que es la esponsalidad con Jesucristo es haber empezado a ser feliz!



Monjas Dominicanas Contemplativas
Monasterio Stma. Trinidad y Sta. Lucía (Orihuela)

San Juan María Vianney

Nacimiento, Primeros Años y Formación

Juan María Vianney era hijo de Mateo Vianney y de María Beluse, un matrimonio cristiano que contaba para entonces tres hijos y recibió con amor y alegría a este cuarto hijo, al que presentó a bautizar el mismo día de su nacimiento, 8 de mayo de 1786. Nació Juan María en Dardilly, cantón de Limonest, distrito de Lyon, en el aún reino de Francia.

Juan María se crio en un ambiente de piedad sincera, que impactó muy pronto la sensibilidad del niño, en seguida receptivo del sentimiento religioso. Pero sus recuerdos de infancia necesariamente hubieron de mezclarse con el de hechos muy fuertes: la revolución y sus consecuencias. Cuando en París se establece el Terror, Lyon se subleva y el ejército de la República pone sitio a la capital lionesa, pasando por Dardilly en su camino hacia ella. La propia iglesia de Dardilly ha sido cerrada. El cura de la misma, Jacques Rey, ha obedecido la orden oficial y ha hecho el juramento de la constitución civil del clero. Los fieles, no bien percatados de lo que ese juramento significaba, siguieron acudiendo a las ceremonias religiosas. Pero incluso tras ese juramento, el cura Rey hubo de ver su parroquia cerrada en 1793.

Para entonces el pequeño Juan María ya ayudaba a sus padres cuidando del pequeño rebaño familiar en el campo, lo cual hacía en los prados cercanos al pueblo en unión de sus hermanos y hermanas. A Juan María —dicen sus coetáneos— ya entonces le gustaba rezar retirado. También se destapó ya en fecha tan temprana su afecto por los pobres; le gustaba ser él quien les diera las limosnas que sus padres destinaban a los pobres del pueblo y a los forasteros. Los padres estaban por entonces en buena posición económica.

En 1802 se acabó el cisma del abate Rey con la firma del concordato entre Napoleón y Pío VII. El abate, arrepentido, fue perdonado y los Vianney, con los demás fieles, pudieron acudir de nuevo a las misas y actos religiosos de la parroquia. Rey fue sustituido a poco por el abate Jacques Fournier, sacerdote siempre fiel, que influyó positivamente en sus feligreses. En 1803 se abrió en Dardilly una escuela y a ella acudió Juan María para aprender lo elemental. Parece que el contacto con el abate Fournier despertó en Juan María los deseos de ser sacerdote; de todos modos este sacerdote falleció en 1806. Al parecer y desde 1804, Juan María venía rogando a su padre la licencia para emprender los estudios eclesiásticos, porque quería ser sacerdote.

Una juventud agitada

Juan María logró, no sin mucho trabajo, que su padre le diera licencia para sus estudios eclesiásticos, y se pensó que la mejor forma de hacerlo y con menos gastos era encomendando al muchacho al abate Belley, cura de Ecully. A finales de 1806 Juan María se trasladó a Ecully, a la casa del párroco, donde vivió con otro estudiante que perseguía los mismos fines. Juan María tuvo serias dificultades con los estudios, en parte por no ser muy despierto de inteligencia, pero en parte también por lo tarde que empezaba unos estudios que de suyo se comienzan en la infancia y adolescencia. El abate Belley tenía paciencia con él, porque veía que si en las ciencias humanas avanzaba con dificultad, en la ciencia del espíritu avanzaba con rapidez y era cada día más piadoso y lleno de virtudes. y un enorme sacrificio.

Juan María era de la quinta del año 1806, pero quedó libre del servicio militar; sin embargo, en 1809, fue reclamado para la milicia... Enfermo del disgusto, fue hospitalizado y días más tarde pasó a Roanne. Pero luego optó por desertar. Se instaló en el pueblo de Noes, donde fue acogido por la viuda Fayot, y se ganó la vida enseñando a niños del pueblo. El párroco le apreció mucho y los vecinos del pueblo también.

Hacia el altar

A su vuelta a Ecully lo acogió bondadosamente el abate Belley, quien no dudaba de la aptitud y vocación de Juan María. Entre 1811 y 1812 vivió en Ecully con el abate Balley, el cual volcaba en Juan su espiritualidad ascética, bastante recia. Seguramente Juan María se mostraba más adicto a la soledad y a la contemplación que a la acción apostólica, pero la situación pastoral de Francia exigía muchos sacerdotes en acción directa y de ahí que se orientara a todos los jóvenes con vocación hacia el apostolado activo. Juan María fue admitido en el seminario de Verrières en 1812 y allí halló como compañeros a San Marcelino Champagnat y al padre Colin... En 1813 ingresaba en el seminario de San Ireneo de Lyon... Era un alumno regular, cumplidor, piadoso y estudioso, que se esforzaba seriamente en aprender. Tenía en los estudios un problema muy serio: sabía muy poco latín. Algunos compañeros, con solidaridad y fraternidad, le ayudaron. Sacó muy malas notas, y lo mandaron de nuevo a Ecully... Juan María entró en una crisis: le pareció que su salida de Lyon significaba que debía renunciar al sacerdocio... El abate Belley le devolvió la ilusión: estudiaría con él, en francés, no en latín, y vería cómo entonces avanzaba... El abate Belley llevó su patrocinio sobre Juan María al extremo de pedir que lo ordenaran de sacerdote porque lo quería de coadjutor en su parroquia. Pasó un último examen y fue enviado a Grenoble para que allí recibiera el sacerdocio, como así fue el domingo 13 de agosto de 1815.

Coadjutor en Ecully

Cuando Juan María, recién ordenado sacerdote, llegó como coadjutor a Ecully, halló una parroquia en la que la paciente labor apostólica del abate Belley había producido ya sus frutos, y estaba a buena altura el nivel espiritual de los feligreses. Belley había procurado predicar con frecuencia y método la palabra de Dios, administrar los sacramentos con unción y asiduidad, socorrer a los pobres, visitar a los enfermos, cuidar la catequesis infantil y fomentar la piedad en sus varias formas. Juan se plegó de forma absoluta a la voluntad del párroco, tanto en la distribución de su tiempo como en la concreción de tareas a realizar. Como el abate Belley había sido religioso, conservaba muchas costumbres propias de un convento y Juan María debió acomodarse a ellas. Recitaba el breviario con el párroco, tenía con él la lectura espiritual y los ejercicios de devoción, las conversaciones espirituales y los tiempos de silencio, y participaba en el clima de privaciones voluntarias y penitencias a que se sometía a sí mismo el antiguo religioso. Como el abate Belley comenzó a flagelarse y a ponerse cilicios.

Pastoralmente Juan María tenía que hacer bautizos o entierros, y se le encargó de la misa de los niños los domingos, a los que tenía que dirigir pláticas apropiadas. Ése fue su primer campo como predicador y catequista. El párroco le hacía acompañarlo en las visitas a los enfermos para que se introdujera en este campo concreto de la pastoral, y mientras iban de una casa a otra le daba lecciones de casos de conciencia, que al párroco le

parecían importantísimas para que pudiera algún día Juan María sentarse en un confesonario de adultos. Y es de esta raíz de donde debemos hacer derivar los residuos rigoristas, casi jansenistas, que se verán en Juan María cuando sea cura de Ars y que desaparecerían más tarde.

Un año después de su ordenación, recibió la licencia para confesar y el primero en arrodillarse ante él fue el propio abate Belley. Luego, poco a poco, fue atrayendo insensiblemente a su confesonario a numerosos feligreses. También se hizo notar por su desprendimiento en favor de los pobres. Y ya desde entonces se distinguió como fervoroso propagandista de la devoción a la Virgen María, en lo cual ciertamente no tenía nada de jansenista o rigorista.

El abate Belley comenzó a empeorar en su salud... El querido párroco moriría en los brazos de su protegido en 1817. Mandaron como nuevo párroco al abate Lorenzo Tripier... que tenía ya amplia experiencia pastoral, pero era muy distinto en criterios y costumbres al abate Belley, y sobre todo, no tenía para nada ni su ascetismo ni su extrema frugalidad. Juan María empezó a pasarlo mal al lado del nuevo párroco y, enterada la superioridad, decidió enviarlo entonces a la capellanía de Ars.

Cura de Ars

Arsen-Dombes no era propiamente una parroquia, sino una capellanía, dependiente de la parroquia de Mizerieux. Era un pueblito campesino y su situación espiritual, después de los desastres de la revolución y las guerras, no era muy buena. Había habido en el pueblo un cura apóstata cuando la revolución, y prácticamente sólo mujeres y niños frecuentaban la misa y los sacramentos. Juan María llegó a Ars el 13 de febrero de 1818.

Halló una pobre iglesia, una casa parroquial grande, pero destartada y con algunos muebles que le parecieron demasiado buenos para la pobreza en que él quería vivir. Al día siguiente a su llegada, las campanas tocaron a misa y los habitantes del pueblo supieron que tenían otra vez un pastor de almas. Juan María estableció un género de vida por demás pobre y austero...y dio a su casa el tono de la mayor pobreza. Empezó a dormir en un lecho de sarmientos sobre la madera de la cama, con una almohada de paja, y unas pobres mantas para prevenir el frío nocturno. Y se dedicó ante todo a orar pidiendo la conversión de su pueblo. Siempre que no tenía un ministerio preciso, estaba en la iglesia entregado a la oración; la hacía de rodillas sobre el suelo, sin reclinatorio y sin apoyarse en ningún sitio, recogido o mirando al sagrario... Todo dinero que caía en sus manos iba indefectiblemente a parar a manos de los pobres.

Estableció una nueva costumbre: visitar casa por casa a sus feligreses, como recomendaba la superioridad del obispo, bien que no era habitual hacerlo. Sus visitas eran breves; no se sentaba, y en el fondo eran solamente para decirles a los feligreses que estaba a disposición de todos. Oía las cuitas de los feligreses y empezó a dejar la impresión de que el sacerdote de Ars practicaba todas las obras de misericordia. Salía también al campo y saludaba a los trabajadores y al bosque y saludaba con afecto a los que hallaba, y convertía su paseo en oración, pues alaba al Señor por las bellezas de la Naturaleza. Dio enorme importancia a la catequesis infantil. Logró que los padres trajeran a los niños, y muchos padres comenzaron a quedarse a la catequesis para aprovecharse ellos también.

Los trabajos y los días de un Buen Pastor

Vianney se dio cuenta de que el pueblo necesitaba como la masa de la parábola: una levadura que la hiciera fermentar. Y entendió que había que cultivar grupos de espiritualidad que contagiasen su fervor a los demás. Se dedicó a buscar un grupo de almas fervorosas que comulgasen cada domingo y dieran ante la comunidad el testimonio de una piedad más allá de la estricta obligación. Muy pronto lo tuvo. Y se comenzó a ver un grupo de personas que cada domingo se acercaban a la sagrada mesa. Igualmente pensó que las hermandades o cofradías le servirían de enlace con muchas personas para atraerlas a la vida devota.

Juan María ponía mucho empeño en la predicación, dándole su importancia, pero no estaba especialmente dotado ni preparado para ello. Se encerraba en la sacristía para escribir las instrucciones catequéticas del domingo y aprenderlas de memoria, lo que le llevaba largas horas del día y de la noche. Bebía en concretas fuentes, es decir, sermonarios y libros espirituales, cuyos textos yuxtaponía sin mucha coherencia a veces. Ponía mucho interés en la selección de los temas, que quería fueran de utilidad espiritual a los oyentes, y como él estaba muy preocupado por la salvación eterna de sus feligreses... Quería, por el camino del rigorismo moral, llevar a los fieles a dos pasos de la desesperación, a fin de que de ahí pasasen al arrepentimiento y a la confesión, que los libraría de sus pecados... Poco a poco, el Espíritu de Dios iluminaría a este buen pastor para que descubriera como preferente el camino de la misericordia.

La Transformación de Ars

En 1821, el rey Luis XVIII erigía en parroquia la iglesia de Ars. Ya podía llamarse con verdad «cura de Ars». Juan María prestó servicios de buena voluntad en las parroquias vecinas cuando no tenían cura o cuando éste se hallaba ausente o enfermo... Participó en equipos de misioneros... Pero más que predicar, confesaba, y multitud de penitentes comenzó a acudir a él. En el confesonario, enfrentado con los dolores de las almas, era un auténtico confesor: juez, padre, maestro y amigo. Gente de todas las clases sociales se arrodilló ante su confesonario... Su palabra comenzaba a tener un éxito increíble por el fuego que despedía, fuego de un amor a Dios y al prójimo que inflamaba a los oyentes. Su fama empezó a correr: todos querían oírle y pasar por su confesonario.

Pero se convierte en signo de contradicción, y empiezan a llegar al obispado denuncias contra él, al tiempo que un grupo de irreductibles en Ars no para de murmurar en su contra. A ello se sumó una purificación interior: Dios permitió que durante los primeros años de su ministerio le asaltase un horroroso temor a la condenación por justo juicio de Dios. Se sentía completamente indigno del ministerio pastoral y creía estar yendo a la condenación por ejercerlo indignamente. Esta prueba interior le hizo sufrir de forma indecible, hasta el paroxismo. Pidió a Dios conocimiento de su miseria. Lo obtuvo y, decía él mismo, no pudo soportarlo.

Triste interiormente o consolado, no dejaba Juan María ninguna de las tareas pastorales que le concernían. Y llegó el momento de poner por obra una decisión tomada a poco de llegar: hacer algo por la educación de los niños, ya que no había escuelas en Ars; en el período de invierno venía un maestro de fuera que daba clases a niños y niñas juntos. Buscó él varias personas que le parecieron aptas y compró además un edificio en 1824, el cual edificio era poco a propósito, pero allí instaló la escuela y ese mismo año la abrió con el título de La Providencia... Huérfanas procedentes de parroquias vecinas e incluso lejanas venían a La Providencia y se las instruía y alimentaba, siendo esta obra el destino de todas las limosnas que venían a manos de Juan María. También admitía a chicas de 18 y 20 años, a veces ya maleadas por la vida, pero cuanto más desgraciadas más las quería el párroco, que reservaba para ellas toda su bondad. Juan María...veía en la educación cristiana de las niñas, el futuro de la cristianización del

pueblo, pues cuando fueran madres de familia tendrían los criterios cristianos prontos para ser transmitidos a los hijos.

Las actividades pastorales de Juan María iban tejiendo en torno a los fieles un cerco pastoral que iba a dar un fruto claro: la transformación de Ars, que se produjo el año jubilar de 1827 con un famoso triduo que conmovió a la población entera y que despertó en muchos de sus hijos la mayor devoción. El éxito fue tan rotundo que Juan María dijo desde el púlpito: Ars ya no es Ars, ha cambiado. Y a partir de entonces comenzaron a llegar a Ars personas que querían confesarse con su cura, a razón de unos quince por día. Muy pronto comenzaría el número a crecer hasta cifras increíbles. Una auténtica multitud llegaría a apiñarse frente a su confesonario, esperando recibir del cura de Ars aliento espiritual, consejo, corrección y perdón.

Éxitos y dificultades

Cuando la revolución de julio de 1830 derribó para siempre el trono de los Borbones y advino el régimen de los Orleáns, un grupo de revolucionarios de Ars —siete, nada más—aprovechó la oportunidad para presentarse con insolencia en la rectoral y exigir de Juan María que se marchara porque estaban hartos de su severidad. Le molestaron de noche, tocaron cuernos bajo su ventana y lo colmaron de injurias y calumnias.

La ida a Ars para confesarse con el cura comenzó a convenirse en peregrinación a oírle y rezar con él. Esto fue sobre todo cuando, a raíz del cólera de 1832, Juan María dijo que era un signo de la ira de Dios. Oleadas de gente comenzaron a venir y Juan María se vio precisado a predicarles y a confesarles. Juan María, para distraer la atención de su persona, comenzó a propagar la devoción a Santa Filomena, que, por carecer de base histórica, su fiesta sería luego suprimida por Roma. Por otro lado, él, cuando se vio rodeado de peregrinos, tuvo de nuevo la idea de irse a otro sitio, porque se sentía indigno de tal atención. Decidida su marcha, luego fue el obispado el que cambió y por fin no fue a Fareins.

Volvió a intentar dejar Ars, escapando a Dardilly, su pueblo. Pero luego de hacer una peregrinación a Nuestra Señora de Beaumont, volvió a Ars. Poco después recibió al abate Raymond como auxiliar... Se hizo cargo de la parroquia para que Juan María atendiera a los peregrinos. Juan María prosiguió su intenso y agotador apostolado... El obispo le mostró su aprecio nombrándole canónigo. Hizo una fundación de misiones parroquiales, en lo que invirtió gruesas sumas procedentes de las limosnas que llegaban a sus manos. En 1853 se produjo una fuga sonada. Habían sustituido al abate Raymond por el abate Toccanier. Juan María aprovechó la circunstancia para tratar de huir, pero al hacerlo fue descubierto y hasta sonaron las campanas avisando al pueblo. No sin trabajo se logró disuadirlo. Mucha gente esperaba días y días para poder confesarse con él o hablarle. Al entrar en la iglesia, escoltado por el coadjutor, la gente se arracimaba en su entorno y le pedía bendijera a los niños, lo que Juan María hacía con emoción.

Juan María estuvo en el servicio de los fieles hasta casi última hora. Murió el jueves 4 de agosto de 1859, dulcemente, sin agonía.

Lo canonizó el papa Pío XI el 31 de mayo de 1925, y lo declaró patrono de los párrocos.

José Luis Repetto Betes

Vie
5
Ago
2016

Evangelio del día

Decimoctava semana del Tiempo Ordinario - Año Par

“El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo”

Primera lectura

Lectura de la profecía de Nehemías 2, 1. 3; 3, 1-3. 6-7

He aquí sobre los montes
los pies del mensajero
que proclama la paz.
Celebra tus fiestas, Judá,
cumple tus votos,
que no pasará más por ti el perverso;
se acabó la destrucción.
Pues restaura el Señor
la dignidad de Jacob y de Israel:
los desoladores los habían asolado
habían destrozado sus sarmientos.
¡Ay de la ciudad sanguinaria,
toda ella mentira,
llena de rapiña,
insaciable de botín!
Ruido de látigo,
estrépito de ruedas,
galope de caballos,
brincos de carros,

asalto de caballería,
brillo de espadas,
fulgor de lanzas,
heridos sin cuento,
montones de muertos,
cadáveres sin fin,
tropiezan en cadáveres.
Echaré sobre ti inmundicias,
te deshonraré públicamente.
Todo el que te vea
huirá de ti diciendo:
«¡Nínive está devastada!
¿Quién se compadecerá?
¿Dónde encontraré quien te consuele?».

Salmo de hoy

Salmo: Dt 32, 35cd-36ab. 39abcd. 41 R/. Yo doy la muerte y la vida.

El día de su ruina se acerca,
y se precipita su destino.
El Señor hará justicia a su pueblo,
y tendrá piedad de sus siervos. R/.

Pero ahora mirad: soy yo, solo yo,
y no hay dios fuera de mí.
Yo doy la muerte y la vida,
yo hiero y yo curo. R/.

Cuando afile el rayo de mi espada,
y empuñe en mi mano el juicio,
tomaré venganza de mis enemigos
y daré su paga a los que me aborrecen. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 16, 24-28

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga.

Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí, la encontrará.

¿Pues de qué le servirá a un hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma? ¿O qué podrá dar para recobrarla?

Porque el Hijo del hombre vendrá, con la gloria de su Padre, entre sus ángeles, y entonces pagará a cada uno según su conducta.

En verdad os digo que algunos de los aquí presentes no gustarán la muerte hasta que vean al Hijo del hombre en su reino».

Reflexión del Evangelio de hoy

“Desolada está Nínive”

Estamos todavía en el Antiguo Testamento. Los tres capítulos del profeta Nahum son poemas de revancha ante la caída de la capital del gran imperio asirio, Nínive. Aparecen en ellos los sentimientos de odio de una víctima ante la caída del que le ha oprimido y maltratado, lo que le produce una gran alegría. Con profunda ironía y gozo llama al poderoso caído el “sin provecho”, mote ciertamente burlesco para quien de todo y de todos se aprovechó. Pero ahora ha llegado su ruina, y se espera la restauración de Israel. ¿Cómo entender este lenguaje de revancha, de odio, de violencia? He aquí unas palabras de un exégeta: “El gozo en la venganza de los enemigos del pueblo era para Judá la alegría del triunfo de Yahvé y de su pueblo. Es una alegría religiosa expresada en lenguaje de revancha. Recordemos que la derrota o victoria de un pueblo era el fracaso o el triunfo de sus divinidades receptoras. Solo a la luz de este principio podremos entender la presente lectura”.

“El que quiera venir conmigo, que se niegue a sí mismo”

Jesús en el evangelio de hoy es rotundo: “El que quiera venir conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga”. Varias interpretaciones a lo largo de la historia del cristianismo se han dado a estas palabras, algunas de ellas acentuando su parte solamente negativa. Jesús no nos está pidiendo que nos adentremos en la ascesis y el sufrimiento sin más. En positivo, lo que nos pide es que le sigamos a él, que nos entreguemos a él y a su causa, que nos decidamos por entero por él... algo que no es fácil y que reportará un cierto sufrimiento. Negarse a sí mismo es llegar a la renuncia a los propios intereses vitales, es renunciar a salvar la propia vida por el camino de solo mirar el propio yo. Seguirle a él es hacer lo mismo que él hizo, es entregar la propia vida por los demás, la única forma de ganar la vida, la única forma de encontrar el sentido y la felicidad. “Negarse a sí mismo” es lo contrario de “negar a Cristo”. Quien niega a Cristo no entrega la vida, quien sigue a Cristo entrega la vida.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

“Este es mi Hijo, escúchenle”

Primera lectura

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pedro 1,16-19:

Queridos hermanos:

No nos fundábamos en fábulas fantasiosas cuando os dimos a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo, sino en que habíamos sido testigos oculares de su grandeza.

Porque él recibió de Dios Padre honor y gloria cuando desde la sublime Gloria se le transmitió aquella voz:

«Este es mi Hijo amado, en quien me he complacido».

Y esta misma voz, transmitida desde el cielo, es la que nosotros oímos estando con él en la montaña sagrada.

Así tenemos más confirmada la palabra profética y hacéis muy bien en prestarle atención como a una lámpara que brilla en un lugar oscuro hasta que despunte el día y el lucero amanezca en vuestros corazones.

Salmo de hoy

Sal 96,1-2.5-6.9 R/. El Señor reina, Altísimo sobre toda la tierra

El Señor reina, la tierra goza,
se alegran las islas innumerables.
Tiniebla y nube lo rodean,
justicia y derecho sostienen su trono. R/.

Los montes se derriten como cera ante el Señor,
ante el Señor de toda la tierra;
los cielos pregonan su justicia,
y todos los pueblos contemplan su gloria. R/.

Porque tú eres, Señor,
Altísimo sobre toda la tierra,
encumbrado sobre todos los dioses. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según S. Lucas 9, 28b-36

En aquel tiempo, tomó Jesús a Pedro, a Juan y a Santiago y subió a lo alto del monte para orar. Y, mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió y sus vestidos brillaban de resplandor.

De repente, dos hombres conversaban con él: eran Moisés y Elías, que, apareciendo con gloria, hablaban de su éxodo, que él iba a consumir en Jerusalén.

Pedro y sus compañeros se caían de sueño, pero se espabilaron y vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él.

Mientras estos se alejaban de él, dijo Pedro a Jesús:

«Maestro, ¡qué bueno es que estemos aquí! Haremos tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías».

No sabía lo que decía.

Todavía estaba diciendo esto, cuando llegó una nube que los cubrió con su sombra. Se llenaron de temor al entrar la nube.

Y una voz desde la nube decía:

«Este es mi Hijo, el Elegido; escuchadlo».

Después de oírse la voz, se encontró Jesús solo. Ellos guardaron silencio y, por aquellos días, no contaron a nadie nada de los que habían visto.

Reflexión del Evangelio de hoy

Fuimos testigos oculares de su grandeza

En la visión de Daniel contemplamos a un anciano que encabeza la asamblea del cielo y que entrega su poder a un hijo de hombre, nombre colectivo que agrupa a los santos del Altísimo, los elegidos de Dios. La tradición judía asoció a este personaje con el Mesías futuro, y Jesús autodenominándose así reclama su elección de Dios.

El texto de la segunda lectura relata el testimonio de la gloria de Cristo en la Transfiguración, así como la voz que lo confirmaba como Hijo amado del Padre.

Este es mi Hijo, escúchenle

La loma de la Transfiguración es un alto oportuno para reforzar la fe de los seguidores de Jesús, pues se avecinan tiempos muy recios. Para el camino hacia Jerusalén se necesita el testimonio de las Escrituras, la fuerza del Espíritu y la voz amorosa del Padre. El culmen del relato es cuando se nos dice la identidad de Jesús hecha por la voz que proviene de la nube y que lo nombra como Hijo. En este reconocimiento se cifra la grandeza de Jesús y del discipulado, porque Él es nuestra luz y nuestra razón de ser consistirá en necesitar y testificar todo el amor de Dios personificado en el Maestro de Galilea.

Nuestra cultura cristiana nos sugiere también otra forma de acercarnos a la Transfiguración de mano de los poetas, capaces de atisbar perfiles de humanidad que el común de los mortales ignoramos. En este caso es Gerardo Diego en un largo poema titulado Salmo de la Transfiguración; ante la esplendente luz de la montaña que se concentra en Jesús de Nazaret el poeta evoca a los que no se pueden transfigurar porque carecen de figura humana -¡hasta ese nivel son perdedores!-, a la vez que da voz a la esperanza del que reclama su figura –imagen de Dios-, su propia historia humanizada. Si he de transfigurarme hasta tu esencia, menester fue primero ser ese ser con límites, hecho vicisitud camino de figura, pues sólo la figura puede transfigurarse... Hace relación de no pocos detalles de inhumanidad que alberga el corazón de los hombres para concluir casi con un grito: Señor, figúrame, para que pueda en ti transfigurarme... Y concluye: Que todos puedan en la misma nube, vestidura de Ti, tan sutilísima fimbria de luz, despojarse y revestirse de su figura vieja y en ti transfigurada. Y a mí con ellos todos, te lo pido, la frente prosternada hasta hundirla en el polvo, a mí también, el último, Señor, preserva mi figura, transfigúrame.

La vivencia espiritual de un Dios Padre se ilumina en Cristo en la cima de la montaña ¿se ilumina también en el valle de la vida diaria?



Fr. Jesús Duque O.P.
(1947-2019)

Transfiguración del Señor

El misterio de Dios y los misterios de Cristo

El misterio eterno, que es Dios, se nos ha hecho manifiesto a los hombres en los misterios temporales de Cristo y su ser trascendente en los tiempos de un hombre, que ha hecho el camino de nuestra historia para concluirlo en la muerte y abrirla a una plenitud prometida. El Ser de Dios y el tiempo de Cristo coinciden y son inseparables. En los días de su vida mortal ha trasparecido el relumbre de lo eterno; del eterno que es Dios mismo y de la vida eterna prometida a sus criaturas. La transfiguración es ese momento de la vida de Cristo en que la gloria y eternidad inciden en el tiempo y el mundo, permitiéndonos adivinar la identidad de Cristo, a la vez que adivinar lo que es nuestro destino. En su ser, por tanto, se refleja el ser de Dios y se anticipa el destino de los hombres.

La actualización perenne de Cristo en el mundo

Aquella historia pasada de Cristo se actualiza en la Iglesia por las diversas formas en las que la comunidad, alentada por el Espíritu y guiada por los apóstoles, va haciendo presente su persona y su obra: la liturgia, el relato que los Evangelios nos dejaron, las representaciones artísticas. La memoria de los hombres, la potencia del Santo Espíritu y el poder creador que Dios otorgó a sus criaturas confieren presencia viva al que existió en un lugar y tiempo concretos del mundo, pero cuya perennidad glorificada en Dios le hace ya contemporáneo de todos los hombres en todos los lugares. Ha habido, por tanto, relato de la transfiguración, celebración litúrgica de la transfiguración y representaciones artísticas de la transfiguración. Homilias, comentarios espirituales y teológicos han intentado recuperar los hechos vividos por los protagonistas de entonces, a la vez que desvelar su sentido para todos los creyentes posteriores. «La celebración litúrgica ha ido actualizándola por la fuerza del Espíritu, que transforma los dones y ofrendas que los creyentes hacen a Dios a la vez que a los donantes y oferentes para hacerles partícipes del cuerpo entregado por nosotros, que ya es cuerpo de gloria y de santificación». Las representaciones artísticas, que no han cesado desde la primera que tenemos en el Oriente (mosaico del ábside de la iglesia de Santa Catalina del monasterio en el Sinaí, siglo VI) y en Occidente (mosaico de San Apolinar en Classe, cerca de Rávena, en torno a 549) hasta nuestros días, nos han ido acercando a la voz que se oyó del cielo y a la figura transfigurada.

La irrupción transformadora de la «Gloria»

¿Cuál fue la realidad de esa «transfiguración» de Jesús, que Lucas sitúa en la soledad y en la oración? Marcos y Mateo hablan de una «metamorfosis». La forma y figura de Jesús cambian ante los tres testigos, Pedro, Santiago y Juan. San Lucas, que no quiere que sus lectores paganos, acostumbrados a la metamorfosis de los dioses en figuras humanas, confundan a Jesús con un héroe o dios más, utiliza otra fórmula: «Y mientras él oraba, el aspecto de su rostro se volvió otro, y su vestidura blanca, relampagueante» (9, 29). La palabra del Padre y la acción del Espíritu Santo sobre el hombre Jesús sacan a la luz visible lo que constituye su realidad filial y eterna, que permanece invisible para los ojos humanos. La claridad divina y el peso de ser, que el Hijo comparte con el Padre y el Espíritu, transfunden plenamente esa humanidad, que hasta ahora ha quedado ligada y atendida a las condiciones de una encarnación en ocultamiento y límite, para hacerla manifiesta ante los que le acompañan. El que es Hijo eterno hace redundar su divinidad en su humanidad, de forma que resuena en el espacio y en el tiempo humanos lo que él es desde siempre como Hijo y que ahora se expresa en la humanidad, finita y creada, tomada de María.

La teología y la espiritualidad han leído la transfiguración de Jesús en dos claves levemente diferenciadas. Una lectura ha visto en este acontecimiento una anticipación, como un destello previo y anunciador de la futura resurrección. Se estaba haciendo presente ya aquí la futura resurrección de Cristo y la nuestra. Lo que le será dado a la humanidad de Cristo, como fruto de su libertad entregada a la voluntad del Padre y al servicio de los hombres, le es anticipado aquí. Como en una hendidura del tiempo, la gloria de Dios se comunica a esa humanidad y redundando sobre los que la contemplan. El Salvador es transfigurado; su carne sigue siendo humana, pero participando en el destello de su gloria primigenia. La otra lectura ve la transfiguración desde la encarnación: el que es Hijo eterno y ha retenido su gloria, ahora la deja repercutir sobre su humanidad en plenitud y sobre los discípulos como promesa. La primera lectura, por tanto, se centra en la resurrección y humanidad de Jesús; mientras que la segunda se centra en la encarnación y en su divinidad, plenamente real desde el comienzo. La transfiguración es así la síntesis del misterio de Jesús: el que es partícipe de la gloria de Dios asume nuestra carne, sin perder su divinidad, pero a la vez asume nuestra historia y por ello retiene esa gloria cuando lleva a consumación la obra encargada por el Padre. En la resurrección es Hijo en plenitud, no sólo de divinidad eterna, sino de humanidad temporal.

Los padres y teólogos han visto en conexión ambos misterios: el bautismo de Jesús y su transfiguración. Sobre todo la teología griega, que ha acentuado la significación del Espíritu Santo en la configuración de la humanidad de Cristo: gestándola en las entrañas de María, viniendo sobre ella en el bautismo, transfigurándola en la montaña y asumiéndola en la resurrección a la plenitud de Dios. De esta forma ha pensado el significado del tiempo y de la duración, de la libertad y de la oración en la vida de Jesús. Éste ha ido siendo Hijo encarnado, en la medida en que ha ido siendo hombre realizado. La realización de la existencia humana se inicia con la concepción y se consuma con el acto supremo de la muerte. El Espíritu Santo ha acompañado a Jesús desde la concepción a la muerte.

La teología griega, desde la patrística hasta Boulgakof en nuestros días, ha establecido la conexión entre el bautismo y la transfiguración de Jesús con la acción del Espíritu sobre él, que es quien transforma la oscuridad de nuestros cuerpos en la claridad de la gloria de Dios; y nuestra mortalidad y pesadumbre en la alegre y eterna levedad del ser de Dios. Santo Tomás, que también aquí es genial, ya que es de los pocos que trata de la transfiguración de Jesús entre los misterios de su vida, ve en ella el resultado de la acción del Espíritu sobre la humanidad de Jesús y una revelación del misterio trinitario para nosotros: «En el bautismo, donde fue declarado el misterio de la primera regeneración, se mostró la operación de toda la Trinidad por el hecho de que estuvo allí el Hijo encarnado, apareció el Espíritu Santo en figura de paloma y el Padre se manifestó a sí mismo en la voz. Así también en la transfiguración, que es el sacramento de la segunda regeneración, apareció toda la Trinidad, el Padre en la voz, el Hijo en el hombre, y el Espíritu Santo en la nube clara; porque de la misma forma que en el bautismo da la inocencia, así en la resurrección dará a los elegidos la claridad de su gloria y el refrigerio de todo mal, que es designada por la nube clara».

La Transfiguración en la vida del cristiano

Todo lo que ocurre en Jesús ocurre en él y para él, pero a la vez se está anticipando y prometiendo lo que es el destino y vocación de todos los que íbamos a creer en él, a seguir sus huellas y a compartir su muerte, culminada en la resurrección. En el contexto en que la relatan los evangelistas quieren ilustrar a los discípulos para que comprendan la mesianidad de Jesús no en clave política, ni social-revolucionaria, tal como los títulos de Mesías, Rey y Soberano podían hacerla pensar, sino en la figura del Siervo de Yahvé, que pasa por el sufrimiento, que asume la suerte y el pecado de los suyos, que va a la resurrección pasando por los sufrimientos. La figura del Mesías, y con ella la de los que llevan su nombre (Mesías, Cristo - creyentes, cristianos), tiene en este mundo los estigmas del dolor y de la sangre, hasta la muerte. Pero a la vez la transfiguración ilustra sobre la última etapa: sufrimientos y crucifixión no son la última fase de la vida de Jesús y la última palabra de Dios. Por eso, a la luz de la transfiguración, los apóstoles podrán superar el escándalo de la muerte del Maestro, para la que él los ha preparado.

Además de una función ilustrativa, este misterio abre el sentido de la vocación cristiana. Ella es también parte de nuestra existencia. El bautismo nos ha conformado a su muerte y resurrección, Llevados por su Espíritu podemos sentirnos hijos de Dios, clamar gozosa y filialmente Abba ante Dios, ser libres en el mundo. Ese Jesús que va viviendo tiempos de gozo y de dolor, de pasión y de gloria, es al que nosotros nos tenemos que configurar y conformar. Las grandes figuras de la historia de la espiritualidad han ido mostrándonos como redobles de sus misterios. Todos los santos han sido tales por identificación con su persona y por haber compartido y revivido, con especial intensidad, uno u otro de sus misterios. Han querido identificarse con el alma de Cristo y con su cuerpo, revivir sus llagas, sentir sus dolores, vivir de su oración, identificarse con su aliento filial para con el Padre. En una palabra, transformarse internamente y transfigurarse externamente hasta ser como él. Los estigmas de San Francisco, la transverberación de Santa Teresa, las enfermedades y agonías de otros santos, son redundancia en la corporeidad de esa identificación viva con la persona, los deseos y sentimientos de Jesús. Quien es del todo como Jesús termina pareciéndose a él. ¿Qué extraño que sienta su agonía en unos momentos y su gloria en otros? Sor Isabel de la Trinidad oraba: «¡Oh Cristo, Amado mío..., os pido que me revistáis de vos e identifiquéis mi alma con todos los sentimientos de la vuestra...». Raïssa Maritain escribió un poema o súplica bajo este título: «Transfiguración».

Ésa es la vocación cristiana: transformarnos en Cristo por la acción de su Espíritu Santo, para participar en su filiación y así estar radicados en el misterio de Dios, como enseña Pablo: «Todos nosotros, a cara descubierta, contemplamos la gloria del Señor como en un espejo y nos transformamos en la misma imagen, de gloria en gloria, a medida que obra en nosotros el Espíritu del Señor» (2Co 3, 18). «Nuestro Salvador, el Señor Jesucristo, reformará el cuerpo de nuestra vileza, conforme a su cuerpo glorioso, en virtud del poder que tiene para someterse a sí todas las cosas» (Flp 3, 20-21).

La transfiguración de Jesús ilumina así también el destino final de nuestros cuerpos: ser conformes al suyo glorioso, esto es, «conocerle a él y el poder de su resurrección y la participación en sus padecimientos, conformándome a él en la muerte, por si logro alcanzar la resurrección de los muertos» (Flp 3, 10).

Olegario González de Cardedal

El día **7 de Agosto de 2016** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilías](#).